

Comentarios

Los primeros cien días de Saca

El 8 de septiembre, el presidente Elías Antonio Saca cumplió sus primeros cien días al frente del gobierno salvadoreño. En nuestro país se ha vuelto una tradición evaluar el primer trimestre de toda nueva gestión gubernamental, no tanto por lo alcanzado efectivamente —que sin duda siempre será poco—, sino por las iniciativas y perspectivas de mediano y largo plazo que el mismo dibuje, en ese breve, pero significativo, periodo. Como trasfondo de esa evaluación están, por un lado, las promesas de campaña y, por otro, las ofertas efectuadas al calor de la victoria obtenida en las urnas.

Los primeros cien días de Saca deben evaluarse, ante todo, a la luz de ese doble trasfondo. Por el lado de las promesas de campaña, el entonces candidato a la presidencia por ARENA se comprometió a ser el artífice de una reforma social. Priorizar lo social también significó para el candidato Saca hacerse cargo del problema de la criminalidad, la violencia y la inseguridad. Aquí, no dudó en asumir la herencia del entonces presidente Francisco Flores, es decir, la tesis de que las maras constituyen el principal foco de criminalidad, violencia e inseguridad del país y que, por tanto, deben ser combatidas sin contemplación. Esta actitud casi autoritaria —plasmada en el anuncio del plan “Súper mano dura”— se mezcló con una actitud de signo distinto, en el plano político: el compromiso de buscar consensos y acuerdos con la oposición. Saca, a diferencia de Flores, no habló de “cruzar el puente” hacia la oposición, sino de acercarse de forma amigable a ésta, necesitada también, al igual que los miembros de las maras, de una “mano amiga” en la cual confiar.

Una vez declarado ganador en los comicios de marzo, Saca no cambió la tónica de la campaña. Más aún, su activismo y efusividad lo llevaron a disputarle a Flores el escaso margen de protagonismo que le correspondía como presidente saliente: en las semanas previas a la toma de posesión, Flores desapareció de la escena pública, y Saca, sin haber sido formalmente investido como presidente, comenzó a fungir como tal, sin que ello fuera resentido por los otros órganos del Estado ni por las leyes.

En su discurso de toma de posesión reafirmó su compromiso con lo social —sin reforma económica—, su disposición a dialogar con la oposición política y su voluntad para profundizar la lucha contra las maras. En torno a lo primero, Saca apuntó lo siguiente: “La pobreza es una condición a la que ningún salvadoreño debe resignarse. Los que hemos recibido el encargo de conducir los destinos del país debemos combatirla de manera frontal. En tal sentido, nuestro gobierno iniciará de inmediato la construcción de una red de bienestar social, que tendrá por objetivo ofrecer los estímulos necesarios a todos aquellos compatriotas que se encuentren en desventaja económica y marginación social, para incorporarlos a la vida productiva... El debate económico mundial ahora replantea una fórmula que priorice lo social sin abandonar la estabilidad económica y el crecimiento sostenible. Va quedando claro que la modernización económica no es sostenible sin el desarrollo humano. En países como el nuestro, la necesidad del énfasis en lo social es más urgente. En nuestro gobierno, lo social no es un complemento de nada, sino la base de todo. A partir de

esa filosofía elaboramos nuestra oferta electoral, que hoy se convierte en proyecto de gobierno. Voy a poner la agenda social en primer plano... Seremos un gobierno, ante todo, con un profundo sentido humano”.

A la oposición le dirigió las siguientes palabras: “Durante la campaña me comprometí a ser un presidente concertador y accesible. Esa promesa la voy a cumplir firmemente desde este mismo momento. Pero una cosa es un presidente tolerante y abierto que busca entenderse con la oposición constructiva, y otra muy distinta es que la oposición intransigente quiera chantajear al presidente. No confundamos las demandas legítimas con los desmanes políticos... No confundamos las necesidades con las necesidades. Tengo la sincera esperanza que mi disposición al diálogo será correspondida por todos aquellos con quienes nos toque hacerlo. Llego a la presidencia sin prejuicios ni reservas; pero sí con principios y valores. Esos principios y esos valores nos dan la fortaleza para sostener nuestras posiciones”.

A propósito del problema de la seguridad ciudadana y del combate contra las maras, Saca volvió sobre sus promesas de campaña: “Hoy cuento con las herramientas gubernamentales para trabajar en serio y a fondo por la seguridad. Estoy convencido de que la calidad de vida de la familia salvadoreña mejorará sustancialmente, cuando logremos romper la espiral de la violencia en todas sus manifestaciones. Problemas como el crimen organizado y la delincuencia de las maras deben ser extirpados de nuestra sociedad. Lograrlo no puede ser solo responsabilidad de las instituciones: tiene que participar activamente la ciudadanía. Formaremos un equipo de seguridad ciudadana que combatirá la delincuencia en todas sus facetas. Aplicaremos súper mano dura para llevar a los delinquentes ante la ley, pero a la vez tendremos la mano extendida para evitar que los que están en riesgo delincencial caigan en él y para rescatar y rehabilitar a aquellos que buscan reinsertarse en la sociedad. A nivel institucional, seguiremos fortaleciendo nuestra corporación policial, para que cumpla sin reservas su delicada misión dentro de la dinámica democrática”.

En las semanas que siguieron a su investidura, el trabajo de Saca fue febril: su agenda la ocuparon las visitas, las reuniones y la conformación de su gabinete. A partir de este momento, comenzó a hacerse claro que, al interior del país, su mandato

sería de compromiso con la sociedad, los empresarios y su partido. También fue claro que, en el plano internacional, lo dominante iba a ser la sumisión a los intereses de Estados Unidos, a juzgar por la decisión de mantener un contingente militar salvadoreño en Irak. De forma optimista, no faltó quien creyera que de los tres compromisos internos serían el de la sociedad —con sus demandas, sus urgencias y sus necesidades— el privilegiado. Se trataba de un optimismo que, aunque bordeara la ingenuidad, era alentado por el mismo presidente y sus colaboradores más progresistas.

En estos momentos, el furor inicial ha dado paso al escepticismo, cuando no al franco desencanto, ante un presidente que parece ofrecer más de lo que puede cumplir, en materia social. En estos primeros cien días, es evidente que su compromiso con los empresarios —con el segmento que se beneficia del modelo económico terciario— es el principal obstáculo para una reforma social, que vaya más allá de lo cosmético. En lo que sigue, se hará un recorrido somero de las dinámicas política, económica, social e internacional, vistas a la luz de lo que el nuevo gobierno ha hecho, con relación a ellas, en sus primeros cien días.

Un ejercicio político teñido de publicidad

Durante la toma de posesión, el presidente Saca prometió entendimiento y concertación con la oposición, concretamente con el FMLN. Por su lado, éste no participó en el acto del 1 de junio y, poco antes, había jurado no ceder ni un palmo en la discusión del presupuesto, que hacía seis meses debía haber sido aprobado por la Asamblea Legislativa. Así las cosas, Saca aprovechó su investidura para insistir en su disposición a dialogar con todas las fuerzas políticas. Al calor de esta iniciativa concertadora, se aprobó sin más demoras el Presupuesto General de la Nación de 2004. El presidente accedió a aumentar el presupuesto a las alcaldías y a mejorar la partida a la Universidad de El Salvador, dos de las demandas más importantes del FMLN. Este último partido, por su lado, moderó algunas de sus reivindicaciones y accedió a posar para una foto histórica, que daba por inaugurado el “acercamiento” entre las distintas fuerzas políticas del país. Desde entonces, la imagen de Saca se ha vuelto rutina y cotidianidad para los salvadoreños, y su consigna de encabezar un gobierno con “sentido humano” le ha dado buenos créditos, en el imaginario popular.

El resultado del ritmo frenético de la agenda de Saca —sostenida por un intenso apoyo mediático— es la aprobación mayoritaria de su gestión. Cerca del 80 por ciento de los salvadoreños avalan esta gestión. Unos y otros destacan su postura concertadora y sus acciones contra la delincuencia juvenil. La encuesta del Instituto de Opinión Pública de la UCA (IUDOP) lo resume con estas palabras: “los salvadoreños calificaron con una nota de 7.27 al gobierno de Antonio Saca por su desempeño hasta la fecha. Más de la mitad de la gente cree que el gobierno está cumpliendo las promesas. El combate a la delincuencia y la actitud de apertura constituyen los puntos más positivos de la gestión del nuevo gobierno, según los salvadoreños”. Aunque, por otro lado, persiste la insatisfacción con la situación económica y, de manera más general, con el rendimiento del sistema político.

Destaca como elemento primordial, en esta primera evaluación, el papel de la estrategia de comunicación del gobierno. En sus primeros cien días, Saca ha vivido de la publicidad continua sobre sus buenas intenciones. Entre anuncios vistosos —el programa “Súper mano dura”, por citar un caso— y visitas de propaganda —por ejemplo, el espectacular desfile de miembros del gobierno después del accidente de un autobús de transporte público, en San Miguel—, el gobierno de Saca, hasta ahora, se ha caracterizado por la abrumadora presencia en los medios de comunicación, los cuales lo han apoyado con una cobertura donde la crítica ha brillado por su ausencia.

El accidente de San Miguel llama mucho la atención porque representa el paradigma de la estrategia publicitaria gubernamental, la cual consiste en hacer manifiesta su presencia en los hechos de la vida cotidiana de la población. Saca lo dijo durante el discurso de toma de posesión: “Los salvadoreños me verán constantemente cara a cara, brazo a brazo, a lo largo y ancho del país, no en visitas de ocasión, sino llevando el gobierno a sus comunidades, para que los ciudadanos de todas las condiciones sientan que el Estado existe, que trabaja para ellos y que es capaz de responder a sus demandas más sentidas”.

Esta presencia del gobierno, sin embargo, no va más allá de la pura (y dura) propaganda política. El caso citado antes es una prueba clara de ello. La publicidad en torno al accidente no sirvió para replantear el tema de la seguridad vial ni mucho menos para revisar a fondo el funcionamiento

del Viceministerio de Transporte. Todo se quedó en fotos para los periódicos y en declaraciones de solidaridad para las víctimas. Es preocupante que ni siquiera se haya podido aprovechar la situación de dolor de las víctimas y de sus familiares para enfrentar un problema tan serio como es la violencia en las carreteras del país. Es preocupante porque el gobierno de Saca perdió una buena oportunidad para sentar sobre bases creíbles su publicitado “gobierno con sentido humano”. Si ni siquiera en un tema como éste, los asesores de Casa Presidencial pudieron prodigar buenos consejos, cualquier observador se puede preguntar sobre su capacidad para asesorarlo en materias más complejas.

Así, en los primeros cien días, la opción populista ha ganado la partida. La derecha siempre ha acusado a sus opositores, los de izquierda, de aprovecharse de la miseria y de las necesidades de los salvadoreños más humildes para hacer propaganda política. Sin embargo, en esta ocasión, quien está aprovechando el clamor de la población ante la inseguridad reinante, quien se muestra empeñado en sacar beneficios políticos desde las demandas ciudadanas es el presidente Saca. La ventaja para el mandatario, en estas circunstancias, es doble. Por un lado, asume un papel progresista con tintes de izquierda; por el otro, cuenta con la lealtad de los sectores de poder más influyentes y poderosos que avalan su discurso social.

Por otro lado, la estrategia mediática y política de Saca priva a la oposición de sus temas predilectos y la confina a una situación marginal en el contexto político. En ese terreno, desde su llegada a Casa Presidencial, Saca se ha dedicado a desactivar todos los posibles temas de conflicto con sus adversarios del FMLN. De esta manera, pudo ocupar completamente la escena política, basándose en declaraciones pomposas sobre la concertación y su buena disposición a dialogar con ellos. Luego de la crispación generada por su antecesor y los hechos que rodearon la campaña electoral y su posterior ascensión al poder, no puede negarse que ha sido una estrategia muy hábil y difícil de contrarrestar.

Sin embargo, cien días después de haber juramentado como presidente del país, al discurso de Saca no se le ve la sustancia. Ni mucho menos se puede afirmar que el presidente está dispuesto a romper con la tradición política autoritaria que ha caracterizado a su partido, desde su fundación. En todo caso, las principales decisiones políticas del gobierno muestran que el publicitado talante con-

certador es solo un estribillo político. Contrario a la falta de sustancia de los anuncios de buenas intenciones del gobierno, la oposición no la ha tenido fácil en los primeros cien días del actual gobierno. Más allá de las consideraciones sobre la sustancia de sus anuncios y de sus juegos de comunicación, es un hecho que le ha ganado la primera partida al FMLN.

Los límites económicos de la reforma social

La evaluación del proceder económico debe centrarse en la factibilidad de alcanzar las metas trazadas, en un contexto de recursos escasos, de bajo dinamismo del crecimiento económico de los sectores productivos, de una deuda pública que se aproxima cada vez más al 40 por ciento del PIB y de una política económica esencialmente basada en estrategias de apertura de mercado y firma de tratados de libre comercio, donde pueden haber beneficios, pero también costos irreversibles.

En este sentido, al contrastar la orientación del plan de gobierno de Saca con las acciones emprendidas hasta la fecha, saltan a la luz tres factores importantes, que determinan su estilo en materia económica. El primero es una presión ineludible para cumplir lo prometido en materia social. Proponerse esta meta con una restricción presupuestaria inflexible, por el elevado nivel de la deuda pública, deja muy poco margen de maniobra. La respuesta gubernamental, ante las necesidades sociales crecientes de la población, consiste en una reforma fiscal que, en este sentido, será el principal reto de Saca en lo que queda de este año y en el siguiente. La dificultad será mayor si se toman en cuenta los intereses del sector empresarial más poderoso del país, el cual siempre gana en la aritmética de los impuestos. El segundo factor es la política económica del actual gobierno, la cual da continuidad a las políticas de liberalización comercial y apertura de mercados del gobierno anterior. Por eso, centra sus recursos y esfuerzos en los tratados de libre comercio, a los cuales considera como tablas de salvación para el crecimiento, empleo, competitividad, inversión e introducción de nuevas tecnologías. Y, finalmente, la búsqueda del bienestar social —esto es, la disminución de los índices de pobreza, desigualdad y desempleo—, la cual está en franca contradicción con la política económica gubernamental. El éxito social depende de unas políticas económicas que beneficien a la mayor parte de la población. Sin embargo, la reforma

tributaria que se perfila no contempla impuestos progresivos. Tampoco se perfila en el horizonte ninguna reforma agraria ni planes estructurales de generación de empleo digno y con salarios mejor remunerados.

En el documento “Retos y oportunidades productivas y comerciales 2004-2009”, el Ministerio de Economía establece como ejes de trabajo la consolidación de la apertura comercial, el aprovechamiento de los tratados comerciales para impulsar la competitividad, el fortalecimiento del mercado interno y la descentralización de la actividad económica. Cada uno de estos ejes contiene políticas económicas específicas y metas concretas, orientadas a potenciar la apertura externa. El problema estriba en trabajar por esos objetivos, al mismo tiempo que se busca el fortalecimiento interno de los sectores productivos, lo cual es poco coherente con los recursos limitados del país.

Los países del sudeste asiático, en su momento, establecieron una plataforma de mercado en el extranjero con tratados de libre comercio; pero para ello elevaron sus niveles de productividad, tecnología y eficiencia, y los gobiernos reforzaron los sectores productivos. En estos países —Taiwán, Corea del Sur o Japón—, los sectores productivos se pusieron de acuerdo sobre un plan de nación de largo plazo. Por esta razón, los distintos sectores empresariales de estos países aceptaron la austeridad, la reforma agraria y otros cambios estructurales necesarios para generar procesos de desarrollo de mediano y largo plazo.

Al observar los rubros productivos más importantes de El Salvador —es decir, el agro y la industria—, no hace falta mucho análisis para comprender que no existe la preparación adecuada para competir en el extranjero. Esta es una condición previa, a la cual el gobierno de Saca parece prestar atención, como tampoco sus antecesores le dieron importancia. Cuando se compite según las reglas del mercado, ya no hay retroceso: la competencia destruye a los más débiles.

Si en 2003, según datos del Banco Central de Reserva, el crecimiento osciló entre un 1.8 y un 2 por ciento y el PIB por habitante siguió estancado por cuarto año consecutivo y ello a pesar de los esfuerzos de los gobiernos anteriores por firmar cada vez más tratados de libre comercio, entonces, ¿por qué la productividad del país no se reanima? El crecimiento del primer trimestre de 2004 fue

del 1.6 por ciento, es decir, dos puntos porcentuales menos que el del mismo período de 2002, que fue del 1.8 por ciento. El sector agropecuario y el sector servicios crecieron en un 1.7 y un 1.6 por ciento, respectivamente. Fueron los dos únicos sectores que experimentaron un repunte respecto al cuarto trimestre de 2003. La reducción es mucho más marcada si se compara el primer trimestre de 2004 con el de 2003. El sector construcción, pese al repunte experimentado después de los terremotos, es el que ha perdido cada vez más, en términos de crecimiento, pues si todavía en el primer trimestre de 2003 creció al 6.7 por ciento, en el mismo período de 2004 solo creció un punto porcentual.

Al analizar el presupuesto general se observa que su monto global ha ascendido con respecto al del año pasado. Se aprobaron 2,793.9 millones de dólares, es decir, 307.2 millones de dólares de diferencia respecto al presupuesto de 2003 (12 por ciento de variación), lo cual ha permitido hacer asignaciones mayores a los distintos rubros. El aumento en el presupuesto también ejerce presión sobre la deuda pública, que asciende a 487.8 millones de dólares, de los cuales 286.5 millones son bonos vendidos y 201.3 millones provienen de préstamos externos. El reto del gobierno de Saca consiste en que la deuda no exceda el 20 por ciento del presupuesto. En la actualidad, este es un problema latente.

Por otro lado, según los indicadores de desempleo abierto, estimados por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de estadísticas oficiales, la tasa terminó, en 2003, con un 6.9 por ciento. Esto es, aumentó cinco puntos porcentuales en relación con el año anterior. Lo mismo ocurrió con la tasa de subempleo visible, que creció cuatro puntos porcentuales más que en 2002. Esto obliga al gobierno de Saca a esforzarse por multiplicar el empleo, pero no un empleo precario, como el de las maquilas, sino empleo de salario y condiciones dignas.

Si reanimar una economía con recursos limitados es difícil, hacerlo con responsabilidad, equidad y justicia lo es aún más. La viabilidad de 2004 está garantizada con el presupuesto recién aprobado, pero, ¿cuáles son las intenciones del gobierno con respecto al presupuesto de 2005? ¿Cuál es el plan en materia fiscal para responder con resultados tangibles a los problemas sociales de los salvadoreños? Está claro que el déficit del presupe-



to de 2005 se financiará con bonos. El Ministerio de Hacienda ha confirmado que no hay margen para negociar nuevos créditos. Y es que la prudencia fiscal es la tónica que ahora parece seguir esta dependencia. Hacienda busca la austeridad y no endeudarse con los organismos internacionales. ¿Cómo lograrlo? La conclusión de los analistas es que el margen de maniobra financiera es bien reducido. Por ejemplo, de todas las entidades que reciben recursos estatales, solo cuatro recibirán un aumento de presupuesto en 2005: salud, educación, gobernación y ANDA. Sin embargo, si se comparan los aumentos con "el monto de las promesas", no parece haber demasiada confianza en lograrlo. Según el Ministro de Hacienda, el presupuesto de 2005 superará los 2 793 millones de dólares aprobados en 2004. Aún así, ningún ministerio está autorizado para contratar nuevas plazas ni tampoco para elevar salarios, excepto la Dirección de Centros Penales, la cual podrá contratar más personal.

La apuesta del Ministerio de Hacienda es que estos gastos se financien casi exclusivamente con ingresos tributarios. El problema es que éstos han mostrado una tendencia a decrecer. Las metas propuestas hasta ahora no se han cumplido, sobre todo

en el impuesto al valor agregado (IVA). Las proyecciones para el año 2005 del Ministerio de Hacienda aspiran a llegar a una carga tributaria del 12.6 por ciento del PIB, es decir, 15 678.6 millones. En otras palabras, espera recibir, solo en concepto de impuestos, un poco más de 1 958 millones de dólares sin reforma fiscal. De aprobarse ésta, el fisco modificará el presupuesto y agregará cerca de 109 millones de dólares, que es la meta de recaudación del primer año de la reforma. Mientras tanto, la alternativa es conseguir más ingresos por medio del financiamiento de bonos. El Ministerio de Hacienda ha confirmado una emisión que elevaría la deuda pública al 40 por ciento del PIB. De esta manera, sobrepasaría la emisión de deuda aprobada para este año. La última cifra oficial del Ministerio de Hacienda es que la deuda alcanza el 37.9 por ciento del PIB, es decir, 5 942 millones. En teoría, esto deja margen para endeudarse con bonos en cerca de 329 millones de dólares para 2005. Esos bonos financiarían las pensiones cuyo presupuesto, en 2005, asciende a 370 millones de dólares, así como los gastos corrientes. La inversión pública se mantendría igual a la de 2004 (496 millones de dólares).

Esto significa que la mayoría de los ministerios recibirán menos presupuesto del solicitado. El caso que más llama la atención es el del nuevo Ministerio de Turismo. El presupuesto de 2005 le asigna 7.4 millones de dólares para financiar sus actividades —una cantidad que se reparte entre el Instituto Salvadoreño de Turismo (ISTU), la Corporación Salvadoreña de Turismo (CORSATUR) y el nuevo ministerio—. Pero, según el nuevo ministro, esa asignación es insuficiente para cumplir con el mínimo de proyectos pactados, como la restauración de los centros turísticos y su mantenimiento, cuyo costo podría ascender al doble de lo asignado a su cartera. También llama la atención la posición del gobierno de Saca de no aumentar sustantivamente los fondos para el sector agropecuario. Durante los últimos años, el techo presupuestario del Ministerio de Agricultura no ha sobrepasado, en promedio, los 36 millones de dólares. En 2005, se seguirá con la misma lógica. Del aumento de 8 millones solicitado, Hacienda solo le ha concedido 500 mil dólares.

El presidente Saca, al referirse al perfil de su gobierno, en materia tributaria, dijo que “nosotros hablamos de no aumentar la renta, de no aumentar el IVA y sí a impuestos específicos para el FOSALUD y cerrar los huecos fiscales”. Quizás esa frase resume el problema fiscal actual de Saca.

Tiene buenas ideas, pero hay fuertes intereses de la empresa privada en contra de una mayor justicia tributaria. El Ministro de Hacienda elaboró un documento con 70 propuestas de reformas, entre ellas, obligar a declarar el patrimonio y gravar los intereses que ganan los bancos no domiciliados en El Salvador. Pero estas propuestas fueron rechazadas, por afectar los intereses de la gran empresa privada. Por otro lado, obviamente, sin el apoyo estatal al agro, ni el desempleo ni la pobreza mejorarán de forma significativa. El desempleo obliga a más de 70 mil salvadoreños a buscar oportunidades en el exterior, mientras la pobreza persiste en una sociedad en la cual más de la mitad de su población es pobre y el 25 por ciento vive en la miseria. Por ello, el problema fiscal puede ser el talón de Aquiles —o el mayor logro, si es abordado de forma integral, con determinación y visión de largo plazo— del gobierno actual.

La reforma social: más publicidad que realidad

Cien días de labor no son suficientes para arriesgar conclusiones definitivas sobre el rumbo que el gobierno de Saca ha impreso a la gestión social del país, sobre todo si se toma como punto de partida el enorme desafío social de El Salvador. Éste rebasa, con creces, lo que se ha hecho (o se puede hacer), en tan corto periodo y lo que se haría, incluso, en un periodo presidencial completo. Sin embargo, sí es posible observar algunas tendencias que, a juzgar por la estrecha capacidad de maniobra del actual gobierno, terminarían por moderar el talante optimista con el que Saca inició su mandato. Esto permite apuntar que, al menos durante los primeros tres meses del nuevo gobierno, la reforma social, más que una realidad, es una construcción publicitaria.

Las encuestas de opinión reflejan un optimismo muy marcado entre los salvadoreños, respecto del cumplimiento de las promesas de su gobernante. Como ya se ha dicho, un alto porcentaje de salvadoreños estaría dando el beneficio de la duda a un presidente que, hasta ahora, se ha mostrado cercano a sus intereses y que ha logrado generar un clima de gobernabilidad y de relativo entendimiento con la oposición política. De ello, pues, no parece haber mayor duda: la mayoría de salvadoreños aprueba los primeros cien días de gestión de Saca.

Con todo, sobre el alcance de la gestión social no hay un criterio unificado entre la población y, más bien, la percepción es muy variada. Una parte

de ella secunda el balance optimista del gobierno y pone de relieve las acciones concretas mencionadas. Este segmento de población soslaya el también evidente hecho de la provisionalidad de lo realizado hasta el momento, lo cual matiza cierto optimismo que se maneja como moneda al uso entre la opinión pública. Es decir, de lo hecho en escasos cien días no puede concluirse nada, más allá de lo proyectado y prometido. Un segundo grupo de salvadoreños no ve logros significativos en los primeros cien días de Saca, aunque reconoce que el clima de crispación política que caracterizó los últimos días de Francisco Flores dio lugar, de manos del nuevo mandatario, a un ambiente de mayor entendimiento y acercamiento entre las distintas fuerzas políticas del país. Acertada o no, esa apreciación niega cualquier signo que indique que la agenda social ha sido retomada con la intensidad que se lee en los discursos oficiales. Finalmente, hay quienes sostienen que Saca y su gobierno han dado algunos pasos —todo lo incipientes que se quiera— para construir una reforma social prometedor, pero ello no asegura su éxito. En este sentido, habría que decir que este optimismo —por demás moderado— encuentra su asidero en la seguridad de que la capacidad financiera del gobierno condiciona la eficacia de una reforma social.

Pareciera, pues, que se encuentra en juego una mayor justicia fiscal —una reivindicación tradicional de la izquierda—. Pero no hay que hacerse ilusiones: el actual gobierno, seguramente, eludirá cualquier compromiso que lo lleve a enfrentarse con la clase empresarial de la cual proviene. Si así fuera, el mandatario ya habría conseguido de sus aliados un aumento salarial en la mesa del empleo; pero el tema ni siquiera fue abordado por una mesa a la cual llegaron las figuras más altas del empresariado y del sector financiero salvadoreño. En suma, la reforma social no es más que una quimera, sin el respaldo económico necesario.

Como quiera que sea, si algo ha quedado claro en el inicio de la nueva gestión de gobierno es que la reforma social no es cuestión de cien días. Implica medidas sostenidas en el largo plazo, la implementación de una política de Estado que vaya más allá de los caprichos presidenciales, de las voluntades frágiles y de las visiones de corto plazo. En materia educativa, por ejemplo, el plan 20-21 emerge como un proyecto prometedor, incluyente y muy ambicioso. Reúne a diversas personalidades de distinto credo ideológico para llegar a unos con-

sensos que le darán vida. Además, según sus gestores, cuenta con el apoyo decidido del empresariado salvadoreño y en las fotografías del primer encuentro de la comisión de notables uno de los más importantes empresarios nacionales aparecía al lado de la Ministra de Educación. No obstante las intenciones, se vuelve al punto de inicio: está por verse el apoyo financiero y la verdadera voluntad de sus gestores para llevar a buen puerto los compromisos asumidos.

Los proyectos de salud no se presentan con la misma ambición, pero tampoco se renuncia al optimismo. Recientemente, el presidente Saca apareció reinaugurando un hospital “de primer mundo”, destinado a atender a los usuarios del seguro social; días antes se había anunciado la ampliación de la cobertura a los hijos de éstos, hasta los doce años. El gobierno anunció, además, un proyecto de inversión millonaria en la red del seguro social y la red nacional hospitalaria. Al mismo tiempo, la llamada “mesa de gobernabilidad” ha discutido —y nada más que eso— la reforma integral del sector salud. En suma, se han abordado aspectos neurálgicos del sector, pero sin medidas que sugieran un aumento significativo en la calidad del servicio que recibe la población.

Los primeros cien días de gobierno de Saca hablan de una expresa voluntad —está por verse si es también real— por cambiar el rostro social de los salvadoreños. Saca ha dicho que ese será el eje principal de su gobierno. Con ello, estaría jugando a ser de izquierda —como todavía se entiende en el ambiente político salvadoreño—, sin dejar de ser de derecha y sin renunciar a los intereses de la clase empresarial, muy ligada a ella. Pero los ingentes desafíos sociales del país requieren más que promesas o compromisos ambiguos; requieren, cuando menos, una visión de conjunto, una opción decidida por la mayor parte de los salvadoreños y valentía para enfrentar a quienes han acaparado abusivamente las riquezas del país.

La política internacional: tras las huellas de Flores

La política internacional del nuevo gobierno ha garantizado la continuidad con el rumbo trazado por el ex presidente Flores. Este hizo de las buenas relaciones con Estados Unidos el eje central de su política exterior. En los primeros cien días de su mandato, puede decirse lo mismo del presidente Saca. Hay algunas diferencias, pero no son

muy sustanciales. Por ejemplo, Flores explotó al máximo su imagen de "amigo personal" del presidente estadounidense Bush. Saca, al menos, no ha incurrido en el error de "personalizar" los asuntos entre los dos estados, pero sí le ha dado continuidad a los "puentes" que su predecesor trazó hacia Estados Unidos. Precisamente, la expresión "puente" la acuñó Flores, al referirse a su compromiso de acercarse a la oposición. Sin embargo, los puentes que su gobierno tendió fueron para ciertos sectores del capital (no a todos) y a Estados Unidos. Esos puentes hacia este último país fueron tres: secundar las posturas internacionales de Washington, fortalecer la política bélica de Estados Unidos en Irak y hacer del tratado de libre comercio entre Centroamérica y Estados Unidos un punto prioritario de su agenda económica.

El presidente Saca ha fortalecido esos puentes. Ciertamente, tener unas buenas relaciones con Estados Unidos no es, en sí mismo, algo negativo: ¿quién puede dudar de la importancia del país estadounidense en la economía mundial? El propio presidente brasileño Luiz Inacio Lula da Silva ha dicho que un proyecto como el Área de Libre Comercio de las Américas —encabezado por Estados Unidos— es importante, siempre y cuando se establezca sobre bases de respeto mutuo. Esto es lo que Flores no quiso ver y lo mismo parece suceder con Saca. En la guerra contra Irak, este último desaprovechó una oportunidad para ser congruente con lo que predica su gobierno: tomar en cuenta la opinión de los salvadoreños. Bien pudo, pues, organizar un referendo para determinar si la ciudadanía estaba de acuerdo o no en enviar otro contingente militar a Irak. En lugar de ello, obró de forma inconsulta y ni siquiera tuvo en cuenta los señalamientos de la oposición. Más aún, Saca fustigó a aquellos que se opusieron al envío de las tropas y cuestionó la sinceridad de sus ataques al terrorismo; además, hizo del envío del tercer contingente una cuestión de honor. Las amenazas adjudicadas a un supuesto grupo extremista, lejos de llevarlo a la prudencia, le sirvieron para justificar su decisión.

De forma muy congruente con la tónica marcada por Bush y Flores, el actual gobierno ha hecho de la bandera del combate al terrorismo un mecanismo para favorecer sus intereses, en la política nacional. Se ha llegado al extremo de asegurar, sin mayores pruebas, que existen vínculos estrechos entre los miembros de las maras y la organización terrorista Al Qaeda. En lo que se refiere al tratado

de libre comercio, el presidente Saca lo concibe como algo prioritario para la economía nacional. En ese sentido, sus declaraciones, y las de sus funcionarios, han enfatizado sus bondades, sin prestar atención a los efectos perniciosos que un acuerdo de esa naturaleza puede tener sobre las micro, pequeñas y medianas empresas. Inclusive, al reunirse con Bush, a principios de julio, Saca habría ofrecido el envío de las tropas a cambio de la ratificación estadounidense del tratado y de la extensión del estatuto de protección temporal (*TPS*) a los inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos.

De todos modos, las leyes de Estados Unidos establecen que un tratado comercial como el negociado con Centroamérica tiene que pasar por la aprobación del Congreso y del Senado. Esta aprobación no debe darse por descontada, puesto que el opositor Partido Demócrata tiene observaciones a temas como los derechos laborales. El presidente Bush no garantizó mayor cosa a Saca sobre la prórroga del estatuto de protección temporal. ¿Qué es lo que puede esperarse de un cambio de gobierno en Estados Unidos? Se esperaría que el gobierno del demócrata John Kerry se aparte de la opción guerrillera en Irak y revise los términos en que se ha firmado el tratado de libre comercio. Desde El Salvador, si Estados Unidos es el aliado por excelencia del gobierno de Saca, habría que modificar muchas políticas para preservar esa relación privilegiada. Ciertamente, no se trataría de un cambio radical, pero el mismo supondría reformas mínimas en la política exterior, que se traducirían en otras maneras de mantener relaciones de cooperación y amistad con Estados Unidos. De ganar Kerry, es probable que Estados Unidos se retire de Irak. ¿Cómo quedaría El Salvador? ¿Habría espacio para afirmar que es una cuestión de honor la permanencia en territorio iraquí del batallón Cuscatlán? ¿O se tendría que admitir que fue un grave error?

Hay países que mantienen excelentes relaciones con Estados Unidos y que no han pagado el precio de la sumisión total. Por ejemplo, los aliados de Washington que se han retirado de Irak no han sido vistos como "enemigos" ni mucho menos. Tampoco los que han decidido tomar una agenda propia en las negociaciones de comercio internacional, como los del Grupo de los Veintiuno (G-21). Guatemala y México son miembros de este grupo y de lo menos de lo que se les puede acusar es de estar en contra de Estados Unidos o a favor del terrorismo. En fin, El Salvador debe formular

su agenda propia, en lo que toca a las relaciones internacionales. Estas decisiones no deben ser adoptadas a la ligera, solo teniendo en mente lo que puede gustar o no a Estados Unidos, sino lo que puede ser beneficioso, en el mediano y largo plazo, para El Salvador.

Reflexión final

Por lo dicho en las páginas precedentes es claro que sin una reforma económica —que redefinan, por ejemplo, el sistema tributario y la estructura de los salarios—, las políticas sociales no serán ni consistentes ni sostenibles en el largo plazo. Definitivamente, la reforma económica es imprescindible, si se quiere, en verdad, construir una sociedad más justa y equitativa. El compromiso social de Saca llegará hasta donde se lo permita el modelo económico vigente. Y hasta donde se lo permita su partido, atado institucionalmente a los grupos empresariales que hoy controlan los destinos económicos del país. Los primeros cien días de su gobierno no dan señales esperanzadoras al respecto. Al contrario, hacen temer que Saca —al igual que le sucedió a Flores— termine atrapado en las redes de los grupos empresariales, del autoritarismo y de las promesas incumplidas.

Por ahora, es la vena autoritaria, teñida de un populismo ramplón, lo que marca el perfil del presidente Saca. Su insistencia en combatir a las maras

—en sus palabras: “esos delincuentes y malacates (sic) a los que ya se les acabó la fiesta”— es casi paranoica. Los abusos y la prepotencia policial se han puesto a la orden del día, siguiendo los designios de un presidente que, por otra parte, se muestra simpático, cercano a la gente, amigable y muy buena persona. En este punto, la filosofía del presidente es la de ofrecer garrote —es decir, violencia estatal— a quienes no se sometan a las reglas de juego, impuestas por el poder, mientras que regala una sonrisa a quienes, aunque en la miseria y el abandono, aceptan la suerte que les toca, sin ningún ánimo de protesta o de crítica hacia el orden establecido.

En este sentido, el presidente Saca no se diferencia de los tres presidentes anteriores, salidos, al igual que él, de las filas de ARENA. Ellos también ofrecieron una “mano amiga” a todos los que condescendieran con las reglas de juego de la derecha, pero fueron duros y agresivos con quienes no las aceptaron o fueron críticos con ellas. Populismo y autoritarismo se han dado la mano, en más de una oportunidad: los cien primeros días de Saca ofrecen evidencias de que ninguna de las dos tendencias es ajena a su ejercicio gubernamental.

CENTRO DE INFORMACIÓN, DOCUMENTACIÓN
Y APOYO A LA INVESTIGACIÓN (CIDAI)
San Salvador, 22 de septiembre de 2004.